

El caso literario de José Martí⁵²

Juan Marinello

Creo que, antes de avanzar en el asunto de esta charla, debo cumplir dos deberes de conciencia. El primero, decir del modo más claro y directo toda mi estimación por la Universidad de Oriente, por sus más responsables autoridades y por el Dr. Felipe Martínez Arango, su Director de Extensión y Relaciones Culturales. Mi ubicación ideológica y mi militancia política permiten medir nítidamente el significado de ciertas actitudes limpias y firmes. Es moda tan sospechosa esa de muchos centros docentes nuestros de hablar inconteniblemente de la democracia, que a veces llegamos a pensar si tal reiteración trepidante no será un modo de callar culpas demasiado inquietantes. Esta Universidad, nueva de veras según se ve, tiene por fortuna otro modo de practicar el credo democrático: abriendo sus puertas a todos los que, sin traición a nuestro proceso progresista, quieren decir desde ella su interpretación de los hechos y su opinión sobre los modos de lograr la mejor convivencia.

Esta ejemplar postura de la Universidad de Oriente es de las que marcan el tuétano a una entidad de cultura. Muy lejos de minimizar la trascendencia de la maestría técnica, para nadie más estimable y redentora que para un marxista; pero nada más cerca de la infecundidad que esa postura absurda de fijar la vista con tan temerosa atención en lo que se investiga que no se piense en el destino de lo investigado. No es esta, por gran suerte, la postura de la Universidad de Oriente. Y si de algo ha de

⁵² Conferencia pronunciada el 13 de marzo de 1953.

valer el consejo de un enemigo —que mucho vale según el decir clásico—, yo daría este consejo a mis enemigos ideológicos que forman en el claustro de esta casa, si los hay y ojalá sean pocos: mantened esa ejemplaridad, persistid en esa huella salvadora. A lo largo del tiempo lucirá como el mejor servicio de este centro.

Desconfiad de la ciencia sin inquietudes y del arte sin ansiedades. Las Universidades, decía el hombre a quien venimos a recordar esta noche, “parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles”. Cuando salen de una Universidad hombres con vocación heroica y con su ciencia bien sabida, esa Universidad ha alcanzado rango histórico y está salvada para siempre. Tengo bien presentes mis visitas a la vieja Universidad donde Copérnico fue alumno, maestro y estudiante siempre, en mi amadísima ciudad de Cracovia. El viejo patio escolar, reducido y perfecto, con sus arcadas simples e inspiradas, luce en su centro un monumento modesto levantado a la gloria del gran astrónomo, matemático, médico, político, diplomático y filósofo. Cada vez que salí del lindo y minúsculo claustro medieval pensé en el valor de la ciencia con conciencia, pero con conciencia militante y peleadora, que la otra es conciencia a medias y en definitiva complicidad. Aquella Universidad es hoy un recuerdo ilustre. Pero sería como la Puerta Florianca, como la Barbacana, como el Castillo de Wawel si no la alumbrase la ciencia generosa transformadora de su huésped insigne. Copérnico queda sobre el mundo porque usó su saber —a semejanza de José Martí—, como arma para disparar contra la teología y verla caída a sus pies. Ahora, circunstancia feliz, el Consejo Mundial de la Paz, que preside otro científico militante, es decir pleno, Federico Joliot-Curie, ha unido los nombres de Martí y de Copérnico a los de Chou Yuan, Rabelais, Emerson y Van Gogh para que, durante todo el año, les rindan los pueblos de la tierra pareja reverencia. Ninguna Universidad del mundo puede aspirar a cobijar personalidades tan gigantescas, pero, si las grandes eminencias no han de servir para fijar en ellas la vista y ejercitar el anhelo de altura, yo no sé para qué sirvan las grandes alturas. Siga siendo esta Universidad de Oriente, como hasta aquí, digna de mirar hacia todas las eminencias benéficas.

Hacia una eminencia cimera queremos mirar esta noche. Y el modo de mirarla es lo que me plantea la segunda cuestión de

conciencia. Cada uno mira según sus ojos, pero ninguna visión debe permitir que se registre lo que no haya, ni es lícito que oculte lo que existe. Una eminencia de tan varia unidad como Martí se presta mucho a que cada uno la mire por aquella es-tribación que más le interesa. No es lícito ese miraje. En Martí, como en todas las grandes eminencias románticas, hay la cresa-tería trémula y los contrafuertes inconmovibles, las confluencias ocasionales y las desviaciones definitivas.

Creo que el Centenario obliga a apresar la verdad esen-cial de José Martí en cada uno de sus costados primordiales. Si, como ocurre sin duda, su pensamiento, por ser limpia y hon-damente revolucionario, tiene todavía en muchos aspectos filo polémico y vigencia activa; si la palabra de José Martí encarna aún necesidades concretas y mantiene por ello recia pugna-cidad y levanta fuertes resistencias; si los criterios martienses, expuestos sin gancho prosélito, encuentran hoy violenta opo-sición en unos y en otros interés de ocultamiento y disimulo, la culpa —la culpa feliz, diremos—, será de Martí. Y o lo aceptamos así, porque así fue, revolucionario de su tiempo con fuerzas que caen en el de ahora, o estamos traicionando su naturaleza y su tamaño, del mismo modo que cuando se prefiere discurrir sin compromisos ni riesgos por las laderas iniciales de una montaña eludiendo entrar por los caminos que llevan a las piedras gigan-tescas de la cumbre, duras y tajantes porque han de desafiar los vientos más poderosos.

Los obstáculos

Algunas veces hemos aludido a la dificultad de adoptar una pos-tura crítica frente al líder del 95. Se trata, en primer lugar, de una figura histórica que ha de ser cercana, entrañable, consustan-cial, de todo cubano sinceramente interesado por el bien de su tierra. Ya esto es mucho, pues no se juzga de igual manera al extraño que al consanguíneo, ni lo mismo al padre que al herma-no. Hay que añadir aquí la circunstancia, muy relevante, de que, aunque haya en la palabra concreta de Martí mucho enjuicia-miento superado por el tiempo, queda mucho también en ella de señalamiento fértil y advertencia eficaz. La verdad es que todo análisis de Martí intentado por un cubano de nuestro tiempo es

como una pelea en que se entrecruzan la historia y el presente, lo lejano y lo íntimo, la responsabilidad enjuiciadora y la identificación cordial.

No podemos adoptar ante Martí la cómoda y lícita postura que afectamos ante un héroe de los viejos tiempos, cuya medida está ofrecida por la consumación de su obra o por la negación histórica de su acción. Los temas de Martí, sobre todo, son nuestros temas. La huella de su enfoque y de su exhortación anda en cuanto tocamos. Se ha repetido mucho, con sobra de fundamento, que José Martí es un héroe vivo. Y ahí está la gran cuestión, el gran obstáculo: en que la vida, en lo que tiene de pulso y riesgo, de pregunta y tránsito, de hazaña posible y logro probable, es cosa reñida con el enjuiciamiento cumplido.

La compleja unidad de nuestro hombre acaba de complicar las cosas. José Martí es, permítasenos el símil un poco literario, como una de esas piedras de mucha transparencia y luz en que descubrimos siempre la materia preciosa; pero en las que se cruzan, a cada instante con distinto trayecto, los rayos fulgurantes. Las claras piedras luminosas poseen, desde luego, gran virtud esclarecedora (son luz ellas mismas), pero son también, sin excepción, testimonios del día y trasunto de la hora. Iluminan, pero siempre en función de lo circundante. Las piedras fundadoras son, en cambio, recias, tupidas, impenetrables: imponen su poder opaco y estricto a la hora y al tiempo. Su perfil es fácil de apresar y su mismo oficio obstinado les otorga la ubicación indiscutida.

A Abraham Lincoln, como a Benito Juárez, los imaginamos tallados en granito de planos netos y simples, en declives severos y agresivos. Quien de veras conozca a José Martí, quien le haya seguido en su angustia y en su atisbo, en su queja y en su ímpetu, en su jadeo y en su vuelo, lo imaginará siempre esculpido en materia delicada, transparente y luminosa, herido por todas las tormentas, azotado por todos los vientos y conmovido hasta la entraña lo mismo por la luz que por la tiniebla. La diferencia es violenta y ostensible: un escultor sabe que al leñador de Kentucky y al indio de Guelatao se les revive a través de cortes categóricos. La reciedumbre unilateral, venida quizá de la tierra, que fue en ellos fuerza nutricia, es el quilate-rey de los

dos grandes americanos. José Martí, en cambio, es la estampa de la sensibilidad desvelada. La gran frente desarbolada de sus últimos retratos integra toda la fisonomía. Se descubre en seguida que por aquella pálida planicie —ladera de montaña en verdad, como dijo él de la frente de Darwin—, han cruzado todas las ansiedades de la creación y de la acción. Esa rara fisonomía en la clave de la sensibilidad, en un guidor de hombres como José Martí, descubre su conflicto vitalicio, tantas veces manifestado en su prosa y en su verso: la diaria pugna entre lo bello, que reclama espacio y exige ocio engendrador y traducción singular y la gestión política, que no admite ni apartamientos ni infidelidades.

Si nos importa este aspecto decisivo de la personalidad de José Martí no es para restarle altura sino para otorgársela mayor. Como hazaña personal, su caso es el más eminente y el más heroico. Grandes, inmensurables fuerzas han de poseerse para señorear el interminable forcejeo y vencer al fin en los dos extremos: quedar como héroe nacional de su pueblo y como ejemplo no superado de creador literario; hombrearse con los fundadores de las patrias americanas y marchar del brazo de los más altos valores de la cultura y del arte hispánicos de las dos vertientes oceánicas.

El camino y la selva

Visto desde la eminencia del centenario asombra más el campo anchísimo que cubren la palabra política y la palabra artística de Martí. Si alguna prueba de su genialidad fuera necesaria, ahí está el hombre muerto en los inicios de la madurez y que, sin dejar de cumplir un instante su tarea política, mantiene diaria vigencia de escritor y pensador original y brillante. Aunque sería cosa muy arriesgada y en definitiva ilegítima, podría intentarse estudiar separadamente las actividades trascendentes de nuestro grande hombre: rastrear su huella como libertador, de una parte, y seguir la peripecia del creador artístico, de otro lado. En una y otra dirección encontraríamos materia bastante para dos existencias singulares.

Esta dualidad, hecha de conflictos entrañables y de síntesis heroicas, que se nutre de corrientes profundas y fatales, la del político que rige y ordena y la del creador que espera, suscita,

sugiere y deleita, hace muy comprometido el diagnóstico histórico de José Martí. La verdad es que nos faltan precedentes. Es cierto que la virtud expresiva, la riqueza y novedad del razonamiento, la anchura de la información y la singularidad del lenguaje (dotes subidas a lo más alto en José Martí) están presentes en muy destacados líderes políticos. Ahí están Sarmiento en el pasado y Palmiro Togliatti en el presente. Pero esos casos no tienen que ver con el de Martí. En Sarmiento, como en Togliatti, la cultura dilatada, las dotes expresivas relevantes y las evidentes gracias del estilo, son siempre elementos informadores, conductores, instrumentales. En Bolívar mismo el escritor —a veces soberano—, es como el coronamiento cabal del gran guerrero, como el penacho, que va bien al capitán, aunque no sirva para vencer. El caso de Martí es bien otro. Martí, no importa si redacta una proclama o produce un discurso de agitación política, mantiene y defiende los caminos propios, virtuosos, rebosantes de encuentros deleitables, que buscan y conducen al escritor. Está bien claro que de no haber tenido dotes supremas de guiador, el vaivén exaltado de su prosa hubiera dañado su tarea política. Hace algunos años, en la ciudad de Santiago de Cuba, un su discípulo de la emigración nos confesaba que lo seguía siempre, aunque no siempre lo entendía, raro caso en que el *vir bonus* del dicho clásico valía más que el perito en el decir, tratándose de quien decía insuperablemente. Parece esto aludir a su conocida frase: la inteligencia no es lo mejor del hombre.

La verdad es que en muchos casos su propensión a decir con originalidad y trascendencia estorbó la claridad de la consigna, pecado político de largas consecuencias en quien no tuviera como él facultades sobradas para hacerse perdonar su impar lenguaje inseparable. Prueba el caso de Martí que la conducta, al engendrar la fe, puede primar sobre el entendimiento cabal de la prédica, siempre que constituya el relieve permanente del héroe.

Una consideración detenida del caso nos llevaría quizá a concluir que la voluntad de escribir afectaba en Martí síntomas de inclinación biológica incoercible. En el sentido más noble del vocablo, Martí fue un grafómano, un hombre movido de la impaciencia dramática de dejar en el papel cuanto le inquietaba la curiosidad o le tocaba el ánimo. Por ello, muerto a los

cuarenta y dos años, nos ha dejado una papelería que exige lustros de meditación y análisis para ser agotada críticamente. Todo Martí es una pelea entre la misión y el oficio. La misión no lo pudo apartar del oficio, que le venía en la sangre.

Nunca el símil de la selva, usado más de una vez para calibrar la producción martiana y usado por él mismo, viene tan a punto. Porque en la obra escrita de nuestro gran luchador, como en los montes de nuestras tierras cálidas, hacen presencia toda especie de criaturas y mirajes; árboles del más vario tamaño, troncos temblorosos y traslúcidos, de esos que pueden jugar a la luz y a la sombra, florescencias desmesuradas y audaces, reminiscencias de especies desaparecidas, acumulaciones violentas, espacios para la perspectiva ambiciosa, ramazones de utilidad y ramazones de lujo, recodos cargados de tiempo y renuevos de verdor inusitado. “Entre en la selva —le dice Martí en su testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui—, y no cargue con rama que no tenga fruto”. La recomendación debe ser tomada con especial cautela, como toda voluntad testamentaria; porque cuando un caso literario cobra altura ejemplar, el más débil apunte puede ofrecer un matiz nuevo o confirmar una sospecha crítica. No es justo que al que visita la selva un día se le muestren todas las ramas que la integran; pero quien viva en ella debe fundar su juicio en todos los recodos y ramajes. Sobre todo cuando, como en nuestro caso, la savia es una y la misma en el fruto distinto.

Abstracción y entusiasmo

La variedad de temas y problemas, tanto como el modo presuroso y enardecido de tratarlos, conduce con frecuencia en José Martí a dos desfiladeros igualmente peligrosos: a la exaltación sin sustancia y al examen abstracto. Hacer lo primero es gastar pólvora en salvas, integrarse de inmediato en un coro en que la consonancia con el clamor matriz nos arrastra y nos hunde sin remedio. La consideración abstracta, de perfil académico, es igualmente desdichada, porque niega a Martí su más apetecible rendimiento: el de ofrecer, para hoy y para mañana, la vigencia impulsora de su previsión cubana.

Esa consideración abstracta, desleal, de nuestro grande hombre es muy frecuente en los martianos que no son más que eso, especialistas en José Martí. Abrigamos cierta prevención, quizás injusta, hacia los que hacen de un héroe la razón única de sus vidas; porque ocurre en esos casos que se produce tal familiaridad con los dichos del ídolo, que llegan a cobrar vida autónoma, aislada de la realidad en que pensó y habló y, lo que es peor, se pierde por ese camino la pista del pensamiento magno en su actualización legítima, en su desarrollo fecundante y en su aliento profético.

Para los martianos que no son otra cosa, la obra del Apóstol se convierte muy pronto en un tesoro privado en que las joyas están expuestas y clasificadas para deslumbramiento de extraños y regodeo de iniciados. Así encuentra explicación que tengamos martianos de muchas campanillas que se extasían ante la soberana belleza con que habla Martí de la indispensable igualdad de los cubanos, pero que, en la diaria práctica, discriminan nuestra población negra. Así se da el caso de notorios devotos de Martí y concededores puntuales de la más recóndita estribación de su ideario y del último matiz de su estilo que, mientras aplauden a toda mano la originalidad y el elegante brío con que se alza su héroe contra la penetración imperialista de los Estados Unidos en Cuba, viven todo el tiempo a la sombra de esa penetración y hasta persiguen a los que, como Martí, la denuncian y combaten. De tales martianos antimartianos hay número considerable y ojalá ninguno tome la palabra en este singular aniversario.

Hacia el hombre entero y verdadero

Hay que realizar esfuerzos considerables para que este centenario sirva de contén a las habituales falsificaciones martianas. Estamos pensando, al decir esto, en ese modo frecuente de usar al hombre político, agarrándose a cada uno de sus dichos y apropiándose los a contrapelo. Ya se sabe que la manera elocuente y entusiasmada de la expresión martiense y sobre todo la indisputable raigambre romántica de su pensamiento y de su vida, facilitan mucho las apropiaciones ilegítimas. Mil veces hemos visto cómo los propagadores de la enseñanza confesional entre nosotros mechan sus sermones y comentarios de frases

martianas. Lo que es tan desleal como querer adscribir a nuestro hombre al pensamiento marxista. Para destruir tales falsificaciones bastaría con recoger cuanto dijo Martí —y dijo mucho—, contra la enseñanza sometida a la dirección o los intereses de una religión determinada y cuanto discrepó —y discrepó mucho—, directa e indirectamente, de las concepciones primordiales de Carlos Marx. Pero el hecho de que tales cosas puedan hacerse con relativa impunidad evidencia que el encuentro de un temperamento raigalmente lírico con cuestiones que piden sustanciación estricta, ofrece resquicios para la atribución errónea y el interesado aprovechamiento.

Vayamos, en el señalamiento de su primer centenario, hacia un Martí entero y verdadero, apresado en su vasta desnudez, en su hazaña artística y en su hazaña política. Todo lo que tienda a ofrecernos un Martí *a posteriori*, todo lo que se dirija a enfrentarlo a situaciones y realidades distintas de las que integraron su personalidad y provocaron su acción, es tan descaminado como el intento de darnos un Martí de espaldas al presente cubano. Ni arqueología ni quimera. Hay que ofrecer en este centenario, a nuestro pueblo y a los pueblos americanos que tuvo como suyos, un Martí que vivió por Cuba y para Cuba, pero también su tarea de revolucionario y de artista, plena de elementos fecundantes para nuestra liberación nacional y para la integración y el vuelo de la cultura cubana y americana. Un Martí, en suma, con toda la raíz y con toda el ala.

Para lograr esta difícil corrección de enfoque —sin la que todo quedará en mísera ceniza de centenario—, hay que tomar al hombre y su obra en toda su realidad tumultuosa y exaltada. Hay tal grandeza personal e histórica en José Martí, que puede y debe irse sin miedos a su intimidad y a su contradicción. Pero se hace indispensable que la búsqueda en la espesa selva se realice con recto sentido: que no se deje de visitar ninguno de sus parajes; en todos anda el hombre y su gesto. Mientras más se penetre en la selva, más cerca estaremos de la fundamental calibración; pero que ningún accidente nos distraiga de la totalidad trascendente. Mientras más se penetre en su decir y en su hacer, más cerca andaremos de sus esencias matrices. Pero no atomicemos en mirajes minúsculos y en desdibujos ocasionales ni su integridad creadora ni su impulso revolucionario. No disolvamos

con exigencias menores ni su obra literaria ni su tarea política. Los grandes escritores han de enjuiciarse en la suma poderosa de sus hallazgos y aportes. Las grandes figuras revolucionarias —y no la hay mayor en la escala cubana—, han de estimarse en el conjunto eficaz, en la medida real de sus servicios, en el balance estricto de su rendimiento patriótico.

Sobre el caso literario de José Martí

Deben ser deber y preocupación del Centenario dedicar espacio dilatado al caso literario de José Martí. Los cincuenta y ocho años que nos separan de su muerte han ido extendiendo por América y por el mundo su legítima notoriedad de escritor. Martí es en verdad nuestro gran fiador intelectual. Destacar sus facultades y logros, tanto como su ejemplaridad en el oficio de escribir, es tarea que debe quedar realizada ahora.

A raíz de su sacrificio y aún años después el brillo del líder político, del batallador insigne por la independencia de su isla, que muere en la demanda, opacó la ejecutoria intelectual de José Martí. Su talla inusual ha ido después señoreando espacios, ganando curiosidades, levantando devociones. Primero le reconocieron la magnitud los críticos americanos, que tuvieron en él hermandad, voz y magisterio; más tarde los de España, alertados luminosamente por Miguel de Unamuno. El paso del tiempo le franqueará la universal preeminencia. Ahora, en este Centenario, se le ha recordado en Washington y en Moscú, como ha destacado don Fernando Ortiz; claro que en Washington para negarlo y en Moscú para estimarlo con devoción y justicia. La certidumbre de la universalización de Martí no está abonada por estrecho nacionalismo literario sino por una prueba, en nuestra opinión decisiva. Nos referimos al hecho de que extranjeros de mucha cuantía hayan calado muy hondo en las esencias literarias de nuestro grande hombre.

Existe sin duda una singular capacidad en los escritores poderosos para sentir las señales literarias de sus semejantes. Por ello, aunque no ejerzan con habitualidad el oficio de criticar dan a menudo con los grandes secretos distintivos. Y cuando esto ocurre con gentes de la más varia ubicación y origen, queda indiscutible que el señalado como grande artista lo es a toda

medida. Plumas no cubanas han descubierto costados primordiales del escritor José Martí y sin sus hallazgos no podrá entrarse ya en el enjuiciamiento de su obra. Unamuno le descubrió el aliento impar; Darío “el vigor general de escritor único”; Juan Ramón Jiménez la llama íntima y universal que lo alumbraba por encima y más allá de los modernistas; Gabriela Mistral la condición arcangélica en que reside su ternura y su fuerza; Alfonso Reyes las dotes imponderables; Pedro Henríquez Ureña el milagroso estilo; Federico de Onís, el ímpetu hercúleo, superador de épocas y escuelas. A Andrés Iduarte, mexicano, debemos uno de los esfuerzos más sostenidos y amplios sobre su obra escrita.

A los cien años de su nacimiento están al descubierto, en buena parte por obra de sus críticos extranjeros, las razones de su singularidad literaria y ahondados, con real maestría, algunos aspectos de su papelería. En este centenario debe entrarse por sus artículos y discursos, por sus cartas y sus poemas, por sus ensayos y sus dramas, con el rigor estimativo que hace posible la obra cumplida de ordenamiento y acarreo y con la luz que han proyectado sobre su obra muy altos entendimientos. Lo investigado y esclarecido debe usarse con sentido de totalidad y trascendencia. Huir, sobre todo de esa rememoración fácil en que cada quien relaciona a Martí con su dedicación profesional, con lo que aparece especialmente a las pupilas extrañas, como un monstruo de mil cabezas errabundas. Por esos caminos se pierde pronto la huella del hombre, explicación primera y última de todas las excelencias del artista.

Uso y ruta de la cultura

Lo primero, la magnitud de la cultura y su sentido y utilización. En este campo, José Martí es en verdad un ejemplo solitario. Esta oportunidad del centenario es buena para meditar sobre el caso del hombre solicitado por todas las curiosidades, dotado de pasmosa comprensión del pasado, de inextinguible sed por toda vieja y nueva manera literaria, de capacidad poderosa para la evocación y la adivinación, al que los libros no estorbaron la gloria verdadera.

Regino E. Boti estima la cultura de José Martí “más dilatada y múltiple que intensa”. Y Andrés Iduarte, en su libro, admite a

medias la opinión al precisar que “en algunos aspectos también era profunda e intensa”. Creemos que la cosa queda en su punto diciendo que Martí atesoró en su vida breve y trajinada suma asombrosa de noticias y lecturas. Que algunas no pudieron ser contrastadas, complementadas, cernidas, fue cosa inevitable; pero lo que queda como lección primordial es la actitud martiana ante la cultura, aquella sed sin treguas, aquella curiosidad desollada, aquella vigilante ansiedad de precisión y rendimiento en mitad de la carrera y la fatiga; lo que hay que relieves y propagar es ese recio deber de estar al día, de penetrar por mano propia en todos los campos, de sentirse, sin excepción, parte responsable de la humanidad que investiga, piensa y canta; lo que hay que destacar es esa inclinación incambiable de su espíritu a aprender con el sabio y con el que no sabe; esa humildad discipular frente a toda jerarquía legítima, nunca reñida con la conciencia de la propia calidad; esa anchura de mente que en todo busca y halla novedad y aporte, sin renuncia del libre enjuiciamiento.

En este aniversario debe aquilatarse la rara utilización martiana de la cultura. Bien merecen estudios particulares sus preferencias y resistencias, su posesión de lenguas y su asombroso entendimiento de mirajes y atmósferas. Se debe seguir rastreando en su amor intelectual por la antigüedad, en su diario trato con las literaturas modernas de Europa, en su devoción, rica en consonancias y diferencias, por los escritores franceses del diecinueve, en su magistral dominio de autores estadounidenses, en su conocimiento entrañable y polémico de los clásicos españoles, en su inquietud paternal por la producción latinoamericana. Pero donde hay que ahondar más, donde hay que meditar mejor, es en aquella virtud capital que hace que lo raigal y cercano —que siempre lo amarra y conmueve, lo mismo en Calderón que en Julián del Casal—, no estorbe el desembarazo para mirar hacia todos los rumbos y tiempos. Su caso encuentra semejanza con el actual de Baldomero Sanín Cano, por lo que tiene de anchura indagadora y de impulso trasmisor; curiosidad y magisterio. Desde luego que el maestro de Colombia entera más que José Martí, porque en él el ánimo pedagógico y la facultad divulgadora no están turbados, como en nuestro héroe, por el ímpetu irrefrenable de arrancar de la

sintonización a la inspiración, del tono ajeno a la pasión propia. Pero Martí encuentra en esa vitalicia impulsión de meter las ajenas corrientes en el cauce personal las vías más hábiles para actualizar su pensamiento y confrontar su estilo. Caso singular el suyo que nos muestra, en lo más logrado como hallazgo personal, la anchura de la información, el peso de lo viejo y de lo nuevo y la hazaña de moldearlo todo en sus sabios clamores.

Es frecuente que escritores de estos poderes logren una universalidad aséptica en idioma y estilo. Parece presumible que quien hizo regla de su actividad intelectual el conocimiento de idiomas y culturas, se diera al uso de una lengua literaria un poco o un mucho cosmopolizada, algo así como una koiné moderna con los ojos desbordados hacia los cuatro puntos cardinales, como ciertas figuras del expresionismo, que miran hacia todas partes, perdiendo la precisión definidora. Pasma que quien tuvo como Martí legítima elasticidad para asomarse a todas las aguas (“yo vengo de todas partes y hacia todas partes voy”), ahondara con amor raigal en las fuentes del idioma propio y en los magnos ejemplos de su época de oro. He dicho amor raigal con toda premeditación: eso hay en la lengua española de Martí, amor de raíz, amor obstinado, sujeto a todas las tentaciones, que se hunde en el suelo nutricio como la raíz de la planta y logra, por la ascensión de la espesa savia entrañada, lo mismo la ramazón poderosa que el fruto cabal o la flor soberana. Recuérdese que en lo más apasionado y ardoroso de su panfleto *Cuba y la Primera República Española*, cuando lanza duros y justos ataques a la furia del poder español en la isla, alude Martí a la “sonoridad de la lengua española” como al más alto valor que nos trasmitió la metrópolis, ya que enfrenta a ese don “las vidas ilustres” que España ha sacrificado en Cuba, para concluir que ni una lengua de maravilla paga de esas pérdidas. Insisto en que se dé a este hecho la importancia que tiene: mírese cómo, al enfrentar Martí su gran pasión primordial, la independencia de su isla, a lo que había recibido de su metrópolis cruel, le viene a la mente la trasmisión del idioma como el más valioso aporte. En lo hondo, la misma pugna que ya señalamos entre la misión y el oficio. Martí es, en lo que mira a su idioma, fidelidad y superación, superación por la fidelidad. No en balde dijo Alfonso Reyes, juez inapelable, que en él la lengua española había alcanzado nuevas conquistas.

Como en tantas cosas, Martí es en esto una clara advertencia actual. Nuestra lengua incomparable, la más apta para nuestra expresión presente y futura, la más plástica y poderosa, la más lógica y desembarazada que existe, debe verse cada día más como un instrumento de liberación cultural. Una de las formas más repudiables —por anticubana, por postiza, por antimartiana—, de penetración deformadora en nuestras tierras es la creciente inserción de palabras de la lengua inglesa (casi siempre simples términos de *slang*), en nuestro castellano. Algunos escritores de la hora estiman tal desnaturalización como una fatalidad de época y hasta como una modernización violenta de nuestra cultura. Estaría muy bien que ahora, en su centenario, leyeran de nuevo a nuestro escritor excepcional. No se trata, desde luego, de calorizar una tipicidad aldeana, ni menos del culto a formas idiomáticas vencidas. No recomendaríamos insistir en los arcaísmos de Martí, aunque los use, como ha apuntado sagazmente Juan Ramón Jiménez, cuando con ellos da una idea o un pensamiento justos. Recomendaríamos, si, aquella inmersión en los grandes modelos de que nace la libertad que puede absolver del arcaísmo. La lengua es una riqueza inalienable cuando se le posee en la viva intimidad, cuando la incorporamos a nuestra naturaleza expresiva. Tal riqueza, así lograda, puede usarse libérrimamente, sin temor del agotamiento.

Creemos que a este caso de Martí, en que la anchura universal se realiza a través de una lengua radicalmente propia y distinta, no se le ha otorgado la medida adecuada. Nuestros escritores deben poner mucha atención en esto. Deben quedar convencidos de que mientras más genuina es la universalidad del escritor, más clara aparece su adhesión a la lengua propia. Pero, levantando un poco el significado del ejemplo martiano, hay que destacar lo que él supone como lección de cultura. Martí prueba cómo las legítimas tradiciones culturales abonan toda transformación superadora y cómo cada pueblo debe marchar hacia la universalidad por el camino del propio tono cultural. Y un idioma poseído en su hondura y siempre recreado es la almendra de ese tono.

Esta explicación, esta justificación de la universalidad literaria de José Martí por la fidelidad a su cauce cultural, pudiera rastrearse en toda su actividad trascendente. Su vigencia

política en importantes cuestiones cubanas viene también, en último análisis, de su poder para trasfudir lo universal en lo cercano. Pocas veces esta relación fecunda entre lo universal y lo propio ha sido registrada en todo su significado como ahora por Ilya Ehrenburg. En el hermoso homenaje rendido en Moscú a Martí el día de su Centenario, el insuperable periodista precisó que si a tanta distancia del tiempo y la geografía se recordaba al gran cubano en la capital de la Unión Soviética, ello ocurría por el mucho amor que le tuvo Martí a su tierra. “Cuanto más fuertes son las raíces del árbol, dijo bellamente el gran escritor, más son las ramas verdes que traspasan todas las rejillas y salvan todas las vallas”. En las firmes y dilatadas raíces cubanas e hispánicas de José Martí, por las que sorbe lo mismo los mejores arrastres que la sed de lo no logrado, están el poder y la originalidad de nuestro héroe. A fin de cuentas, el color de la fuerza —es decir, el modo personal, el estilo—, es posible por la fuerza misma. Y la fuerza, el singular aporte de raíz y de rama, de historia y de futuro, de calor matriz y de ímpetu sin fronteras, es el sustento de la grandeza de Martí.

Los que tuvieron el privilegio de escuchar a Martí en la tribuna y en la plática testimonian que su dicción era correcta y fluída, de un cubanismo muy sembrado de las inflexiones del castellano de América, a igual distancia de la risible imitación madrileña, tan en moda entonces, que de la chabacanería de los criollos que entienden que nuestra distinción lingüística debe residir en maltratar la gran habla heredada y en hacer del idioma un comodín servil, sin nervio ni respeto. Así deben hablar los cubanos, que ahora le celebran el centenario, sin localismo estrecho y chocarrero, pero sin extranjerismo postizo y disolvente. Un gran idioma, y no lo hay más ilustre que el castellano, es una gran trinchera y un gran camino con tal de que se le mantenga viva y dinámica la grandeza heredada.

La originalidad literaria

Lección considerable, que debe destacarse y transitarse en este aniversario, es la del entendimiento martiense de la originalidad literaria. Es muy difícil encontrar escritor de más personalidad y garbo que José Martí. Pudiéramos decir que Martí es en sí un

estilo. Quien lo haya leído una vez descubre de inmediato su marca. Desde luego que está bien averiguado que la fuerte y permanente originalidad le viene del tono, lo que estorba mucho el seguimiento fructuoso. No hay palabra suya en carta o en proclama, en poema o en artículo, que no esté atravesada y encendida de su tono erguido y trascendente. Él también, como el viejo poeta de Francia, podría haber dicho que era una temperatura, más que un temperamento, porque no salió línea de su mano sin el calor de la entraña.

La historia literaria nos ofrece algunos casos de escritores de alta temperatura permanente; en ellos la escritura es como una reiteración exaltada, como una sinfonía de metales enardecidos, secuestrada por una inevitable grandilocuencia. Asombran, pero ensordecen. Juez tan entendido como Sarmiento habla de los bramidos de Martí. El bramido da idea de exaltación primaria, telúrica, de potencia ciega, de ausencia de matices y hallazgos. Lo singular en nuestro gran escritor es que la garganta para el bramido no conduce a la monotonía agobiadora. Su obra ofrece, en su cálida unidad, diferencias de mucha cuantía. Gabriela Mistral, que ha dicho, con Federico de Onís, las mejores cosas sobre el escritor José Martí, señala las diferencias notables entre su prosa y su verso. Y Andrés Bello distingue muy ajustadamente las que se van marcando en la prosa de sus diversas etapas. Pero aún entre sus versos de una misma época y entre las prosas del mismo instante, Martí expresa matices cautivadores que le vienen de la inusitada conjugación de la energía peleadora con la ternura militante. Esa pugna entre lo que Gabriela Mistral ha llamado lo arcangélico batallador y lo arcangélico misericordioso, ofrece siempre el resorte, el relieve necesario para prender la atención del lector.

El lenguaje, protagonista

Aparte la significación y sentido de lo que dice, en Martí encontramos siempre un modo de decir que cobra calidad sustantiva. En otros escritores nos subyuga y arrastra la precisión de los términos, el ajuste estricto entre el hecho y su comentario, la virtud penetradora que va alumbrando los senderos de una cuestión hasta dejarla esclarecida. Enrique José Varona, un antimartiano

en este aspecto, es buen ejemplo. En Martí, la luz que quiere mostrar el camino tiene caminos en sí misma y se convierte, por ello, en espectáculo más que en instrumento. Una consideración detenida del lenguaje martiano podría encontrarle parecidos primordiales con la música, que gana el ánimo por encima y más allá de la preocupación concreta del compositor. En Martí, como en los grandes músicos, el lenguaje deviene en protagonista.

El hecho de que siempre esté visible la sustancia generosa y elocuente, produce en su prosa —dominio de la misión sobre el instrumento—, ciertas violentaciones de géneros y temas que dejan perplejas a gentes de preocupación académica. Una carta suya parece en ocasiones, por lo sustantiva y aleccionadora, una arenga tribunicia; y muchas veces el discurso dicho a una multitud posee la virtud de la comunicación discriminada, con nombre y apellido, inseparable de las grandes epístolas.

Lo que es permisible en Martí, esto de encender el fuego redentorista sin mirar mucho el campo en que arde, no puede recomendarse a nuestros escritores; ello equivaldría a exigir a todos una porción del ímpetu martiano, indispensable para hacerse perdonar tales desbordes. Sería pedir demasiado. Pero lo que sí hay que pedir al escritor nuestro es la virtud cardinal, ilustrada eminentemente por Martí, de dar camino desembarazado a lo personal y espontáneo, no en interés de lograr una singularidad hecha de fórmulas y artimañas, sino en el ánimo de alcanzar el relieve que trae el uso legítimo de las facultades propias. Usar la cultura sin fronteras para nutrir el dicho específico, escribir sin temor del impulso personal, fiar la originalidad de la forma a la manera ingenua del enfoque y del tratamiento, tener por el idioma el respeto entrañado de las paternidades genuinas; lealtad al origen y resistencia a la sumisión arbitraria; vivir como porción de la colectividad, pero sin mengua de la propia resonancia; hundirse en las fuentes tradicionales como manera de entenderlas para superarlas; ser hijo del idioma y padre del pensamiento; hacer del oficio de escribir trabajo diario y servicio inagotable, —sería el mejor homenaje de nuestros escritores a José Martí con ocasión del centenario.

Queda todavía por hacer el señalamiento de la virtud capital de Martí como escritor. Aludimos, naturalmente, al destino de

su tarea intelectual, a la dación irrestricta de todas sus potencias expresivas en el propósito de libertar a su isla.

No sería justo contrastar esa primordial virtud con el caso de escritores de menos enjundia apostólica; pero sí de dar relieve ejemplar a su vital función. No pidamos a un escritor que lo siga en la entrega dramática, sí en la comunicación limpia y ansiosa con su pueblo.

El escritor, testigo de su tiempo

A lo largo de la obra de nuestro libertador se encuentran parajes en que parece repudiar, por estorbosa y desorientadora, la tarea intelectual. A poco que se siga la línea de su pensamiento, se descubre el real sentido del frecuente reparo. Es que Martí tropezó con muchos casos de escritores ensimismados en su oficio que, o daban la espalda a los dolores colectivos, o estaban decididamente de parte de los que los causaban. En una ocasión habla de los peligros de la cultura “para toda alma briosa y superior”. Parece claro que Martí se refiere al hecho de que la actitud meditadora, espectante, habitual en los hombres de libro, enfrena la devoción a las grandes causas en gentes que tienen superioridad de visión y brío poderoso para servir las. Como tantas veces, como cuando habla de Bolívar o de Emerson, nuestro héroe habla, sin proponérselo, de sí mismo. Y parece evidente que su gran caso humano —revolucionario—, se hubiera frustrado si la superioridad y el brío de su alma no hubieran entendido la cultura como una responsabilidad de mejor servicio a los hombres. Es cierto, y esto anda en la meditación de Martí, que la mucha lectura llama unas veces al regodeo virtuoso, otras a la postura espectante y con frecuencia a una posición conservadora, que viene cuando el hábito de análisis y contrastación se convierte en una segunda naturaleza.

Admitir que la cultura engendra un complejo de alejamiento conformista, de ensimismamiento anquilosador; aceptar que el buen saber es un tesoro corruptor y no un instrumento apetecible, es lo mismo que declarar a la cultura elemento indeseable. Y lo cierto es que Martí es la prueba mejor de que la cultura, entendida en sus raíces legítimas, es sustento y vehículo de todas las transformaciones benéficas. Para nuestro héroe, el escritor

—hombre que trasmite el acervo cultural—debe ser un militante esclarecido de la liberación de sus semejantes. En esta exigencia tenía Martí la fuerza de una tradición americana que crece en Montalvo y llega a Hostos pasando por Sarmiento.

El caso martiano sirve como ninguno para esclarecer la encrepada cuestión del deber de los intelectuales ante la lucha política. Hay que arrancar del hecho de que es inconcebible, dentro del ámbito martiense, el escritor en el fiel de la pugna, aislado de una circunstancia que, si hiere a todos los hombres, no ha de detenerse ante el de libro y pluma. El escritor expresa su contorno cívico por acción o por omisión, por deserción o por presencia. Cuando deserta, sirve al peor costado del combate porque le deja el campo libre y porque no opone al enemigo de su propia obra la resistencia de su palabra, válida por su calidad.

No es imaginable que en este centenario, en que mil cosas sobre Martí han comenzado a esclarecerse, haya todavía quienes intenten exhibirnos un Martí de espaldas a sí mismo; un insigne escritor que discurre sobre las grandes cuestiones cubanas, de América y del mundo, con brillantez asombrosa y al que no hay que indagarle lo que postula y lo que sostiene sobre los problemas universales, americanos y cubanos. Debe quedar bien claro que esa consideración cómoda y artificial no solo empequeñece y desvirtúa al héroe a quien se aplica, sino que incapacita también para descubrir sus más firmes valores literarios. La consideración de una obra escrita sin atención a la naturaleza, sentido y alcance de lo que con ella se dice es el más grave de los despropósitos. En José Martí no se puede separar al hombre del escritor sin que se nos deshaga entre las manos. Ocurre como en el juicio salomónico: el que no grite ante el intento de descuartizamiento, no tiene vínculos sanguíneos con nuestro héroe letrado. A José Martí se le acepta y entiende por lo que dice y por el modo de decirlo, como gran unidad expresiva, como genuino y poderoso caso revolucionario, o no se le acepta de ninguna manera.

Debe esperarse que muchos de los que hablen de Martí con ocasión de su primer centenario sean escritores. Ojalá los que lo hagan estén asistidos en alguna medida de aquella central virtud del prócer recordado que, sintiéndose muy hombre de

su gremio elocuente, anduvo siempre lejos de hacer de su profesión registro mísero de la tarea de sus colegas. En este punto, Martí es una acusación viviente de tantos intelectuales que no viven en sí mismos sino en la obra de los demás. Para Martí el escritor es, sobre todas las cosas, un testigo de su tiempo, no un testigo de la tarea literaria de los otros escritores: un testigo pleno de conciencia y responsabilidad. Quien lo sea, quien vaya al encuentro de la realidad con ánimo de entenderla y superarla, quien sea “hombre entre los hombres”, como él quería, festejará dignamente el primer Centenario del escritor José Martí.

Señoras y señores:

El 28 de enero de 1853 nacía en una casa humilde de la calle Paula, en la ciudad de la Habana, un niño pobre y débil. Llegaba al mundo en lo más sombrío de una colectividad asentada en la opresión y el privilegio. Era como una llamita indefensa enfrentada a todos los poderes violentos. Los que le vieron entonces el cuerpecillo ruín y la frente desmesurada imaginaron que saludaban a un colono más, condenado, por el delito calderoniano de nacer, a una existencia hecha de resignaciones angustiosas. A los cien años del suceso intrascendente nos reunimos cerca del lugar de su muerte, a la vera de sus cenizas sagradas, a meditar sobre la manera de servir mejor la claridad magna nacida de aquella llamita, vencedora de todos los vientos.

Aquella lucecita vacilante que se encendía hace un siglo en la casa pobre del celador colonial no solo costó —como habría de decir muchos años después un español sensible—, el hundimiento de lo que restaba del poder de España en América. Aquel fue el servicio que su tiempo le impuso, pero no el íntegro destino de su luz. Bien sabemos que aquella llamita estará presente, haciendo su oficio revolucionario, en el hundimiento de injusticias más viejas, más anchas, más profundas. Y como José Martí es maestro de la hazaña ambiciosa y de las imaginaciones desembarazadas, no será descaminado imaginar a su sombra, desde este cumpleaños, lo que será su segundo Centenario. Nuestras potencias incalculables habrán encontrado entonces las vías propias de su magno encumbramiento. Los pueblos por los que vivió y murió José Martí serán ya justos, dichosos, fraternales y grandes. Y en la ancha claridad

sin sangre ni ceño de su segundo Centenario descubrirán todavía los americanos la huella de la llamita ansiosa y terca, trémula e inviolable, que nació hace un siglo, que se mantuvo viva y peleadora sin un instante de temor o de quietud, que se alimentó de sí misma para alumbrar con luz más pura y que se consumió en nuestro servicio.